

LA GUERRA

I

¡En la guerra no hay facciones!
Sólo ojos cegados
a la luz del día,
por certeros rayos
de potente inquina.

¡En la guerra no hay facciones!
Sólo brazos arrancados
de jóvenes cuerpos
por una hacha afilada
en el hierro de la malicia.

¡En la guerra no hay facciones!
Sólo oídos reventados
por potentes bombas,
ya por siempre cerrados
a las amorosas palabras.

¡En la guerra no hay facciones!
Sólo cadáveres sepultados
por acertados disparos
de rifles cargados
con ideales engañosos.

¡En la guerra no hay facciones!
Sólo muerte y muerte
tras una interminable batalla
guiada por la bandera
de la violencia y la sangre.

¡En la guerra no hay facciones!
Ni bandos ganadores,
ni bandos perdedores,
sólo la tierra roja
resulta victoriosa.

¡En la guerra no hay facciones!
Ni comunistas, ni capitalistas,
ni cristianos, ni islamistas,
sólo una gran arma asesina
llena de rencor y odio
que todo lo transforma en polvo,
destruye la materia,
convirtiendo a la nada
en la gran vencedora.

II

Hay maneras y maneras de morir
pero sin duda la guerra
es la más cruel forma
de dejar de existir.

Porque no mueres sabiendo
que una enfermedad te está eliminando,
preparando el camino
de tu próximo destino.

No mueres en tu casa,
en la intimidad de tu estancia,
entre los rezos de los conocidos,
acompañado de tus seres amados.

No mueres de viejo,
vencido por el tiempo,
esperando alcanzar el cielo
que tu Dios te prometió.

Mueres cuando tu vida
empieza a crecer,
cuando tu existencia
se siente florecer.

Mueres sin testigos queridos,
sin caricias consoladoras,
entre gritos ahogados
por bombas traidoras.

Mueres sin derramar lágrimas,
sin últimas palabras,
en una comarca destruida
por una causa fantasma.

Y lo más horrible,
mueres matando
a un inocente
con ansias de futuro.

Cuerpos juveniles,
truncadas ilusiones,
tu sangre y la suya,
yaciendo en una tierra
de polvo y ceniza.

Y más allá del humus rojo
unos padres se vacían por dentro
y con los ojos nublados
se preguntan por qué han muerto sus hijos.

LA MISERIA

I

Recorre el mismo camino,
mañana tras mañana,
en busca de su sustento,
en busca de limosna.

Sube las escaleras,
con lentitud, con desasosiego,
donde pasará el tiempo
recogiendo las migajas.

El campanario de la iglesia
le proporciona sombra,
dentro hay un Dios cristiano
que hace años la abandonó.

Ella, mujer limpia y educada,
se sienta a pedir,
no tiene otra salida
para poder sobrevivir.

En el pasado tenía trabajo,
dignidad, orgullo,
una hija a la que adoraba,
una familia que la amaba.